

Indicios zambranianos para una «historia de las entrañas de la Historia»

Desde su *Horizonte del liberalismo* al último de sus artículos, *Los peligros de la paz*, de 1930 a 1990, María Zambrano advierte sobre la existencia en la historia de «fuerzas largo tiempo contenidas, dormidas» y de los riesgos que implica su «retención subterránea -subsocial-»¹, pero también de las potencialidades que encierran². Toda su trayectoria como intelectual parece recorrida por la preocupación y el esfuerzo por encontrarles un cauce. Su compromiso con ese «ímpetu ciego»³, subyacente, no es accidental: dibuja la línea, en la que quedan engarzados muy distintos motivos, por la que su pensamiento discurre en una espiral que desciende a ese centro, necesitado de voz, para llevarlo en su movimiento ascendente al lugar de apertura que corresponde a la vida.

Tal vez condicionada por la convicción zambranianiana de que hacer filosofía es «elevar a

categoría racional», esto es, a la unidad del sistema, el fragmentado encuentro con el mundo, de modo que es ese «esfuerzo reductor» lo que define el trabajo teórico del filosofar⁴, al intentar aludir con un título a la compleja temática abordada en el Seminario y ligada a las figuras, o perfiles, o sombras que la cuestión de la mujer adquiere en su obra, he renunciado a hacer uso de una denominación directa, porque ¿qué interesa a María Zambrano?: ¿la situación de las mujeres o el tema de la mujer?, ¿algunas presencias concretas o un sesgo, calificable en abstracto, pero muy particular de hecho: el de lo femenino, sus formas de aparición y su incidencia?; y ¿qué nos interesa, ahora, de su obra?, ¿la tematización de estas cuestiones o el mero hecho de que las haya abordado? En definitiva, ¿será posible encontrar un denominador común a esta serie de interrogantes -denominador común que vincule nuestros intereses a los suyos, que acerque sus propuestas a nuestros problemas y permita así que nuestras intervenciones, en diálogo con su

Notas:

¹ María Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 1996, pp. 221-222.

² Vid., en este sentido, el llamamiento contenido en «Los peligros de la paz» (en *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995) para hacer de ésta «un modo de vivir, un modo de habitar en el planeta, un modo de ser hombre», que pasa por encauzar las «energías absorbidas por las guerras».

³ Esta idea aparece enunciada por J. Moreno Sanz, en «De la razón armada a la razón misericordiosa», refiriéndose concretamente a la actitud de la autora, en los años que preceden a la guerra civil, respecto a los intelectuales, a los que ve «como voces clamando en el desierto, rebeldes confundidos, por su no clara vinculación con el pueblo, y haciendo de él su «objeto», incapaces de ser la voz de su ímpetu ciego [...]», en María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, p. 25.

⁴ Vid., por ejemplo, en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 159-160, las palabras con las que se refiere explícitamente a esta tarea que reconoce como suya en tantas ocasiones.

obra, converjan en una aportación enriquecedora?

Entre las muchas páginas dedicadas por María Zambrano a tratar de algún modo aspectos de este permanente centro de interés en su pensamiento, con todas sus ambigüedades, hay un artículo del año 46, dedicado a reseñar el libro del doctor Pittaluga *Grandeza y servidumbre de la mujer*, cuyo inicio y final encuentro, por distintas razones, especialmente significativos y del que me he servido para intentar «llevar a unidad» el cruce de orientaciones que el tema de la mujer, o las mujeres, presenta en sus escritos. El comentario zambraniano comienza alertando sobre el peligro de abandonar un problema, quizá por hastío, justamente en el momento en el que sería más adecuado hacerle frente:

«Un libro sobre la mujer es una tarea arriesgada en estos momentos. Cada problema -es sabido- tiene su coyuntura histórica. ¿Acaso no ha pasado ya aquella en que la «cuestión feminista» fue debatida hasta la saciedad? ¿Acaso no está no sólo en el orden de las ideas, sino en el de la realidad cotidiana, resuelta para siempre? [...]

[...] Tras del debate y la patética guerra feminista que estalló en el mundo occidental tan paralelamente a la lucha de clases, ha sobrevenido este momento en que nos hemos encontrado viviendo las gentes de mi generación: ya estaba

resuelto y hasta parecía un tanto extraño el que hubiese ocurrido tal debate. Y sin embargo, no era así. Es ahora, por el contrario, cuando la realidad social, política y económica ha abierto un hueco a la mujer, acogéndola en «igualdad de condiciones que al varón» -al menos aparentemente-, cuando se impone y se necesita esa claridad última que solamente surge cuando las cuestiones prácticas están resueltas. Es ahora, aprovechando la tregua, cuando se hace posible y necesario mirar detenida, objetivamente la cuestión»⁵

Prescindiendo de la actualidad que estas palabras, de hace ya más de cincuenta años, conservan -corroborando, entre otras cosas, lo que hay, como nos dicen, de apariencia y de tregua en momentos que, intermitentemente, tienden a reproducirse, al menos en el contexto occidental- cabe plantearse a qué otro motivo podría deberse esta necesidad de mirar detenidamente la cuestión. Y es la misma autora la que, tras el análisis del libro y sus observaciones, indica como núcleo del interés del mismo el que «es un libro típico de inteligencia y claridad, de esa luz que no ofusca ni deslumbra y que se ha dejado caer suavemente sobre algo delicado en extremo: las entrañas de la Historia»⁶. Esta vinculación directa al tema de las «entrañas de la Historia» ofrece, creo, una referencia irrenunciable y una pista que conduce, con toda probabilidad, a aspectos muy centrales del pensamiento zambraniano.

Notas:

⁵ María Zambrano, «A propósito de la *Grandeza y servidumbre de la mujer*» en *Sur*, 1947.

⁶ *Ibid.*

I

A la necesidad de «hacer la historia de las entrañas de la historia» María Zambrano se refiere, explícitamente, en *Persona y democracia*⁷ y, en concreto, en el marco de su consideración de la «esperanza» -esa «forma de la vida» que «anida oscuramente» en el interior del hombre sobre el «anhelo», que es, nos dice recordando a Ortega, «la primera manifestación de la vida humana»⁸.

Aunque «el anhelar es como la respiración del alma», tiene un carácter esencialmente destructor -«por ser algo abstracto, tiende a hacer el vacío allí donde encuentra un lleno, y también por su trascender, pues nada de lo que encuentra le satisface»- y, por eso, el vivir anhelando nos dejaría «en el dintel de lo humano», de no estar sustentado por la ininterrumpida concreción de la esperanza:

«el anhelo es la manifestación difusa, primaria, superficial de la esperanza, que es su foco, su hogar y su raíz última. Si el hombre se diferencia del animal porque anhela, es porque más allá del anhelo, como su foco, está la esperanza»⁹

En lo que podríamos considerar la dinámica del deseo habría, al menos, dos niveles y dos formas de manifestación y realización. Las últimas páginas de *Los bienaventurados* ponen de relieve por qué es la dimensión profunda la que corresponde al ser humano, hasta el punto de dotarle de identidad y de posibilitar su acción más propia: la acción creadora. Sin la vehemencia destructora del anhelo y la determinación que los objetos le imponen, la esperanza se convierte en energía que fluye, cuando el deseo encuentra su cauce.

De ahí que cerrarse a la esperanza sea «una especie de suicidio» -situación hacia la que Occidente parece avanzar¹⁰-, y, lo que es más frecuente, inhibirla sea un «retener el íntimo movimiento de la vida humana» del que, curiosamente, «nadie ha hablado»; atender a estas situaciones podría explicar otras muchas «inhumanas o deshumanizadoras», en cuanto que son las inhibiciones de la esperanza las que no permiten esta «respiración profunda de la persona»: «Desde este punto de vista de la esperanza, o más bien del esperar, se puede descubrir lo poco humana que es todavía nuestra historia»¹¹.

No es posible excederse al destacar la importancia de este aspecto del pensamiento zambraniano, al llamar la atención sobre la esencial apertura de futuro que impronta sus preocupaciones -particularmente su mirada al pasado- y que orienta su empeño esforzado por vitalizar esa racionalidad frustrada, tanto más necesaria ahora, que «es cuestión de volver a nacer, de que

Notas:

⁷ María Zambrano, *Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 68: «Pues se necesita hacer la historia de las desesperanzas y las desesperaciones, de las caídas y de los vértigos; la historia de las entrañas de la historia»

⁸ O.c., p. 63.

⁹ O.c., pp. 63-64.

¹⁰ A juicio de J. Moreno Sanz es ésta una de las decisivas enseñanzas que María Zambrano recaba de L. Massignon. Sobre las relaciones entre ambos autores, y la consiguiente presencia del elemento súfi en la obra zambraniana a la que no es posible atender ahora a pesar de su interés, ha de consultarse de J. Moreno Sanz, *Encuentro sin fin*, Madrid, Endymion, 1996.

¹¹ María Zambrano, *Persona y democracia*, ed.c., p. 66.

nazca de nuevo el hombre en Occidente», como escribirá en el Prólogo de 1987 para la edición de *Persona y democracia*, precisamente tras interrogarse en torno al sentido de la historia como sacrificio, en torno a cuáles han sido sus frutos.

Desde aquella inicial propuesta, en su *Horizonte del liberalismo* publicado en 1930, de una política dinámica, que cree y cuenta con la «corriente del tiempo, germen de fecundidad», capaz de recoger «el fermento del tiempo que hace germinar la vida»¹², la preocupación por el futuro es una constante en la que se inserta su progresiva atención al pasado, que ha de fluir «dejando paso al porvenir», porque «cuando el pasado se solidifica y estanca, entonces el porvenir se ve obstruido y llega a producirse una situación insostenible»¹³. Por eso, la «ética de la historia o la historia en modo ético» que, en un determinado momento, persigue de forma explícita¹⁴, ha de pasar por «sostener nuestro pasado» -algo que, ciertamente, «sólo se consigue cuando se avanza hacia el futuro, cuando se vive con vistas a él», pero «sin dejarnos tomar de su vértigo»¹⁵.

Es doble, pues, el papel que el pasado puede desempeñar respecto al futuro: cuando fluye, lo orienta y abre el camino de la esperanza, si, por el contrario, se solidifica, entonces lo obstruye e, incluso, deviene refugio de los amores desiertos del presente, incapaces de «des-

cubrir la belleza en la vida», inducidos a dejar de «ver, pensar, percibir; vivir en modo íntegro»¹⁶; esa cristalización nos dejaría inmersos en la insostenible situación, personal y colectiva, a la que había aludido y cuya confusión había intentado conjurar asomándose al pasado, no para «permanecer encantados ante la imagen retrospectiva que nos presente, llena de encanto como siempre lo está el pasado», sino «por afán de encontrar claridad, un mínimo de claridad para la confusa situación de hoy»¹⁷.

En realidad, es ese «encanto» -imaginario ya que «ningún pasado nos es enteramente conocido»- el que «se apodera de algunas personas dotadas para imaginar y poco dotadas para sufrir el peso real de la vida»¹⁸; y de aquí la inevitable apelación a «las entrañas de la historia», a esa «sede del padecer» en primera persona, lugar donde radica nuestra posibilidad de vida puesto que es en ellas donde «se gesta el futuro»¹⁹.

Si a nivel individual «el peso real de la vida» podría recaer en esa realidad desatendida por la filosofía, esto es, el alma hacia cuyo saber nuevamente ha de irse, porque es el «medio en que se encontraba con los demás, no sólo con los semejantes sino con todas las zonas de realidad, el Universo en fin»²⁰, en la historia, en ese orbe constituido a través del diálogo del ser humano con el Universo ¿dónde recae? Y es ella misma la que dirige nuestra atención hacia esa «capa pro-

Notas:

¹² María Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 1996, p. 212.

¹³ María Zambrano, «La mujer de la cultura medioeval» en *Ultra*, nº 4, 1940.

¹⁴ María Zambrano, *Persona y democracia*, ed. cit., p. 25.

¹⁵ O.c., p. 23.

¹⁶ O.c., pp. 24-25.

¹⁷ María Zambrano, «La mujer de la cultura medioeval», ed. cit., p. 275.

¹⁸ María Zambrano, *Persona y democracia*, ed. cit., p. 24.

¹⁹ María Zambrano, *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 243.

²⁰ O.c., p. 122.

funda», apenas perceptible en la historia entendida como una serie de hechos, pero visible, sin embargo, en su génesis.

«La Historia considerada en su génesis permite y hace visible la acción creadora de la mujer», nos dice a propósito del libro de Pittaluga. El tema de la mujer, con todas sus facetas y perfiles, queda así vinculado a aspectos muy esenciales del pensamiento zambraniano, aquí sólo aludidos. En la acción creadora y en la historia, en el fluir de la experiencia y en la posibilidad de la esperanza, el género tal vez no sea irrelevante; en esta perspectiva ¿cómo atiende María Zambrano a la condición que «le ha sido dada» y de la que nunca, nos dice, quiso «renegar»? ¿cómo queda asumida en su obra?

2

En líneas generales, podría considerarse que María Zambrano ha atendido a la cuestión de la mujer en tres formas diferenciadas, que podrían pensarse desde las categorías de situación, representación y expresión. A estas categorías se diría que corresponden páginas de la autora, expresivas de la orientación de su mirada, que difícilmente pueden dissociarse como momentos de un trayecto o de una evolución teórica: aunque, primando alguna de estas categorías, quepa establecer una cronología de sus escritos en torno a este tema, el hecho de encontrar siempre deslizamientos inclasificables no deja de ser sintomático, al menos, del peligro de simplificación empobrecedora que estas clasificaciones implican. Y sin embargo, por ello mismo, ofrecen indicaciones también, quizás insustituibles, del

lugar desde el que piensa -lugar que es el único posible para ella, pero, a su vez y por lo mismo, lugar privilegiado.

Convencida de que, en la historia, la presencia de las mujeres constituye «una de las capas más profundas, de los estratos más decisivos en la marcha de una cultura» y de que su situación «no puede desprenderse de la del hombre en su aspecto más esencial, en el creador y en el íntimo», a pesar de su «radical divergencia»²¹, dedica precisamente los textos que inician dos etapas decisivas en su biografía -el comienzo de su actividad como intelectual con las colaboraciones en *El Liberal* del año 1928 y sus intervenciones en la vida cultural en La Habana, al comienzo de sus largos años de exilio- a reparar en el tema de la situación de la mujer, en la actualidad y en la historia, introduciendo así una cuestión que, por sus ramificaciones, adquiere una constancia en su obra cargada de consecuencias.

Las páginas en las que María Zambrano se detiene en lo que podríamos llamar la situación de la mujer forman parte de escritos cuyo carácter, generalmente circunstancial, no resta nada a su valor de testimonio perspicaz, marcado por la objetividad de la descripción y, en ocasiones, por un cierto tono de denuncia, que, ciertamente, más que autorizar el calificativo de «feminista», parece sacar a la luz el núcleo de problemas esenciales, siempre acallados bajo supuestas estrategias reivindicativas. Y es que, como recientemente ha señalado Chantal Maillard en torno, justamente, al pensamiento zambraniano, «la filosofía toda ella ¿acaso es otra cosa que la historia de un testimonio?»²².

Notas:

²¹ María Zambrano, «La mujer en la cultura medioeval» en *Ultra*, La Habana, 1940.

²² Chantal Maillard, «Las mujeres en la filosofía española» en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, Barcelona, Anthropos, 1998, p. 278.

Ahora bien, si al considerar la situación actual de la mujer introduce, entre otras nociones, la de *integración* -que deviene desde el principio una de las categorías fundamentales de su pensamiento, acorde con la inspiración que encuentra y destaca en Spinoza²³, que su lectura de la tragedia griega confirma²⁴ y que, concretada como «horror a la individualidad», sospecha que anida en «las más secretas raíces de la vida española»²⁵ constituyendo una tragedia que «en la mujer alcanza su extemo»²⁶-, cuando atiende a diversos momentos de la historia, que podrían ejemplificar otras tantas formas y posibilidades de *integración*, la estructura argumentativa de sus escritos se complica considerablemente, en la medida en que, en esta perspectiva, abandona la descripción para acceder, o descender, a un nivel más oscuro.

Históricamente la *integración* se ha realizado a través de una serie de afirmaciones y exclusiones, que han ido dibujando la situación de la mujer y el margen de sus posibilidades en una constelación de la que ésta, sin embargo, no es del todo responsable; y no lo es porque su situación -y no sólo su condición- le ha venido dada también, en virtud de la representación que el hombre -que «es hombre por la palabra que dice

la verdad» y, por tanto, es también «el lugar del universo donde se revela la verdad» no dada, sino buscada, la verdad que requiere «esfuerzo metódico»²⁷-, elabora de ella, precisamente en el ejercicio de esa actividad de la que la mujer, «adherida a la naturaleza», ha permanecido «esencialmente al margen».

3

María Zambrano observa y analiza -es ésta otra de las caras del prisma- estas representaciones de la mujer, a cuya imagen responde la figura y situación de las mujeres de hecho; representaciones de factura masculina, porque es a él a quien corresponde el «decir la verdad», adquieren un valor decisivo que la autora constata, porque en relación a esta mujer inventada «por fuerza tuvo que existir una mujer educada, hecha para soportar esta idealización [...] dócil respuesta a la creación del hombre»²⁸, nos dice refiriéndose a la Edad Media; pero también porque es en este marco en el que se ubican esos momentos de «crisis» en los que la vida se desvela y muestra sus «entrañas»: momentos en los que se percibe la ambigüedad de estas representaciones.

Las entrañas de la historia dejan ver que,

Notas:

²³ «El salvarse, en Espinosa, es salvarse de la separación y de la aparente falta de necesidad del individuo, dejar la singularidad como modo de ser para retraerse a la unidad absoluta», María Zambrano, «La salvación del individuo en Espinosa» en *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, p. 62.

²⁴ Donde «afirmarse en lo individual era un exceso que los dioses no toleraban, ni la razón tampoco», María Zambrano, «La mujer en la España de Galdós» en *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994, p. 68.

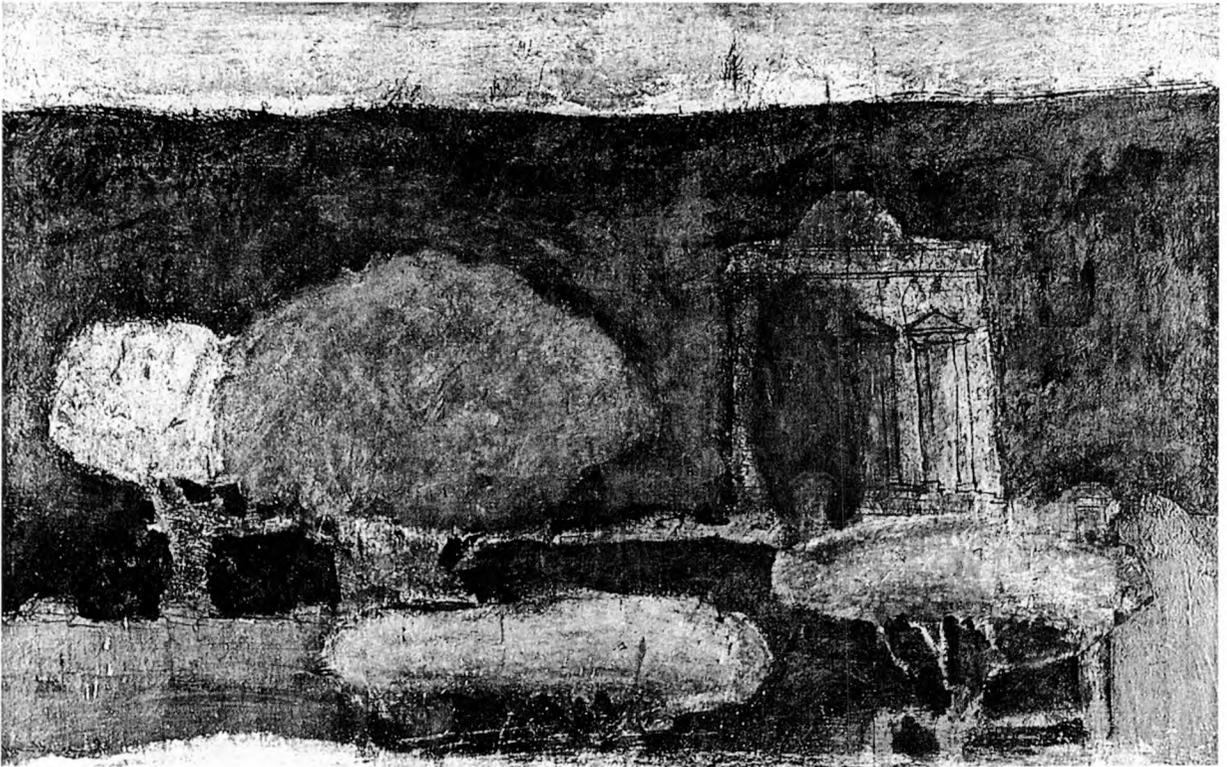
²⁵ *Ibid.*

²⁶ *O.c.*, p. 69. De hecho, es éste el «problema pavoroso» que entiende que el Dr. Pittaluga soslaya en su obra: «Y es que hay un problema pavoroso que el autor ha soslayado: ¿puede la mujer ser «individuo» en la medida en que lo es el hombre? ¿Puede tener una vocación además de la vocación genérica sin contradecirla? ¿Puede una mujer, en suma, realizar la suprema y sagrada vocación de la Mujer siendo además una mujer atraída por una vocación determinada? ¿Puede unir en su ser la vocación de la Mujer con una de esas vocaciones que han absorbido y hecho la grandeza de algunos hombres: Filosofía, Poesía, Ciencia, es decir puede crear la Mujer sin dejar de serlo?» María Zambrano, «A propósito de la *Grandeza y servidumbre de la mujer*, ed. cit., p. 67.

²⁷ «La mujer en la cultura medioeval», ed. cit.

²⁸ *Ibid.*

Aurora



Alicia Ibarra
En el laberinto, 1993

por debajo de ésta, discurre la vida, anterior, en su «continuidad gris, monótona y por ello mismo poética», «centro de la fluencia histórica»; la vida es el marco en el que, en ocasiones, se hace visible la acción creadora de la mujer, que, nos dice, «no ha penetrado, es cierto, en la pura creación, pero la rodea y la hace posible», generando «una dimensión más, una atmósfera» capaz de dotar al mundo humano de «nivel», «límite» y «medida»²⁹, en una acción creadora de orden que pide, también para la autora, una

absoluta fidelidad a su misión: «Si es algo la mujer en la vida de un hombre como Nietzsche -quizá, de todo hombre- es creadora de orden», misión que, considera, Lou Andreas Salomé, por ejemplo, habría sido incapaz de cumplir, haciéndose acreedora de un durísimo juicio por su parte³⁰, si bien dejó su obra como testimonio del «hecho trágico que casi siempre es el encuentro de un hombre -«humano, demasiado humano»- y una mujer»³¹.

Esta acción en el *fieri* de la historia -acción

Notas:

²⁹ «La mujer en el Romanticismo», en *Ultra*, La Habana, junio 1940.

³⁰ María Zambrano, «Lou Andreas Salomé: Nietzsche» en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993, p. 158: «Ordenar graciosamente la barbarie de los instintos, la selva del sentimiento, la contradicción de los anhelos, fue la misión que declinó Lou Salomé frente a Dionysos germánico. Sin generosidad, para penetrar en el círculo de su vida, y sin vocación para colocarse de un salto arriba, alta, quieta, lejana».

³¹ O.c., p. 156.

a través de la cual la mujer llega a alcanzar su «existencialidad»- ¿estará acaso irremediabilmente mediada por las representaciones, expresión de la creación masculina?

María Zambrano se detiene en alguno de esos otros «refugios de la vida» que la «mirada genial» de un creador ha sido capaz de configurar. Especialmente relevante será, para ella, el mundo que Galdós presenta: «abigarrado», en perpetuo presente sin perspectiva «consecuencia del pasado sin futuro», y donde sólo parece haber esperanza en la mujer³². Galdós «es el primer escritor que introduce a todo riesgo las mujeres en su mundo. Las mujeres, múltiples y diversas [...] reales y distintas, 'ontológicamente' iguales al varón»³³; su diferencia estriba en esa exasperación de la tragedia de ser individuo: «la mujer ha sido criatura de esclavitud»³⁴, quizá por ello, sin embargo, en este mundo novelesco, transcripción de la vida, son ellas las depositarias de esa «energía propiamente creadora que transforma la desdicha haciéndola punto de partida de una resurrección»³⁵.

Como sabemos, para esta autora la «primera forma de estar en la historia es padeciéndola»; pero importa reparar en el rango positivo que a este padecer le confiere: la posibilidad de la esperanza radica aquí y es esta misma la idea que reaparece en su versión de Antígona, «la doncella sacrificada a los ínferos sobre los que se alza la ciudad», porque «el sacrificio sigue siendo el fondo último de la historia, su secreto resorte»³⁶.

Sin duda alguna, María Zambrano no sólo había visto esta forma de presencia en la historia, también había sido siempre consciente de su fuerza

anónima, pero esencialmente configuradora. Ya en 1928 -en esos artículos en *El Liberal* en los que, aun bajo la rúbrica *Mujeres*, no es éste el tema que prioritariamente trata, sino más bien el de la confianza en el presente, característica de los jóvenes y único apoyo de la fe en el porvenir- había destacado la particularidad de la acción de la mujer en la historia, hablando de su «fuerza subterránea y difusa sobre el hombre, sin personalidad, como influyen el clima y el paisaje: como un elemento». Sintomáticamente, el mismo escrito que incluye estas afirmaciones (el 2 de agosto) se cierra con un llamamiento: «Sobre esta cuestión querríamos ver reflejarse las inquietudes y opiniones de la mujer española, en nuestra sección. A ellas requerimos».

4

Respuestas a este requerimiento es lo que parecen recoger las páginas zambranianas que habrían de quedar clasificadas bajo la categoría de expresión. Porque, ciertamente, en más de una ocasión se ha planteado cómo se ha expresado la mujer -esa «criatura alógica, que crece y se expresa más allá de la lógica, o más acá, nunca dentro de ella»³⁷-, ha reclamado su expresión específica y ha atendido a ella: Safo, Heloísa ..., pero también Lydia Cabrera, Reyna Rivas ... han recabado su atención.

Sin embargo, esos escritos en los que la expresión de las mujeres parece ganar para sí un espacio en la obra de la autora no quedan reducidos a aquéllos en los que alienta este modo de intervención, la escucha y la transmite, la encuentra y la hace visible. Más significativos aún son aquéllos en

Notas:

³² «La mujer en la España de Galdós» en *España, sueño y verdad*, ed. cit., pp. 58 ss.

³³ O.c., p. 64.

³⁴ O.c., p. 69.

³⁵ O.c., p. 73.

³⁶ María Zambrano, «La tumba de Antígona» en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 202-203.

³⁷ «La mujer en la cultura medioeval», ed. cit.

los que, como en la re-escritura de la *Antígona* que emprende, empeña su propia palabra en dar voz a esa energía encerrada en las «entrañas de la Historia».

Si hay momentos en los que «en todo caso, una visita a los infiernos parece obligada»³⁸, a esta necesidad de descender nuevamente, de bajar hasta el lugar del vencido, que clama sin voz, con el fin de dotarle de la palabra que es «razón liberadora», «poética y aún razonadora»³⁹, corresponde el peculiar trayecto zambrano, donde su mirada sobre la mujer y las mujeres queda tan precisamente integrada.

Y es que la forma de racionalidad augurada por María Zambrano, como una necesidad para «entrar en realidad», es fruto de su trayecto personal, en cuyo recorrido ha visto que:

«Un viaje a los infiernos ha de ser cumplido por la piedad y la razón unidas, pues sólo a esa unidad indiscernible se entreabren las profundidades infernales. La razón sólo se detiene en el límite de lo razonable: su propia sombra. Es cosa olvidada que el horizonte, el lugar por donde la razón puede dejar caer su luz, no está dado por ella, sino en esos límites, isla de lo racional rodeada de irracionalidad. Abandonar la seguridad que se goza en esa isla dócil a la evi-

dencia es obra de la piedad, que no es simple compasión (piedad en el más moderno de sus sentidos), sino la sabiduría de saber tratar con 'lo otro', con lo heterogéneo. Con 'lo otro' de la razón y que no por ello deja de constituir lo real»⁴⁰

De aquí, ciertamente, su reconocimiento de la «fuerza de la vulnerabilidad» que se cifra en una opción por las «diferencias no jerarquizadas»⁴¹, y de aquí, sobre todo, su capacidad de acuñar un «estilo». Chantal Maillard que, en «Las mujeres en la filosofía española», aborda la habitual exclusión de éstas de la «forma filosófica» -o del estilo con el que se ha identificado en Occidente «la filosofía»-, para sugerir la posibilidad de desarrollo de una racionalidad femenina, describe el estilo zambrano en estos términos: «Engendrar en los ínferos y dar a luz en la conciencia para elevarse a los lugares de creación donde ser, plenamente, sea posible. Empresa, por lo tanto, femenina entre todas, puesto que se trata de dar a luz un cuerpo -cuerpo teórico: cuerpo especular, pues la *theoria* era esto en su origen: ver, asistir al espectáculo- y asistirle en su crecimiento [...]»⁴²

De esta forma zambrana de hacer operativo y eficaz el pensar, que le es también propio porque es el resultado de asumir su condición y, así, deviene núcleo de su aportación, no acaba de ser fácil predicar la neutralidad.

Notas:

³⁸ María Zambrano, *Un descenso a los infiernos*, I. B. «La Sisa», Toledo, 1995, p. 15. Este pequeño escrito es un ensayo sobre *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, elaborado, según se nos indica en la introducción, con posterioridad al año 64.

³⁹ Ibid.

⁴⁰ O.c., pp. 19-20.

⁴¹ Expresiones utilizadas por Chantal Maillard para aludir a esta idea que desarrolla en «Las mujeres en la filosofía española», ed. cit.

⁴² Chantal Maillard, o.c., pp. 274-275.